

Las sinrazones del aborto XIII

Lo que procede es acoger la vida, no destruirla

Cuando se pide libertad para el aborto,
se solicita “libertad de maniobra”,
libertad para dominar la vida y decidir sobre ella,
con actitud prepotente.
Con ello se elimina la “libertad creativa”,
libertad para promover y cuidar la vida humana.

Vista en bloque la situación actual, se advierte -por un criterio de coherencia- que el fomento de las distintas formas de vértigo responde a un afán inmoderado de poder. Se podrían aducir muchos datos que llevan a esta conclusión. Sólo por vía de ejemplo, recordaré dos:

Necesidad de dar razones serias de las medidas que se toman

1. Ciertos partidos suelen incluir en sus programas toda suerte de medidas que favorecen el incremento de las experiencias de *vértigo* o fascinación. Lo hacen, estratégicamente, bajo pretexto de “liberalización” de las costumbres, al amparo del equívoco vocablo “liberalizar”, que está claramente emparejado con el término talismán “liberar”, pero no determina el tipo de libertad que posibilita.

2. Las razones que suelen darse -incluso desde instancias responsables de la marcha de la vida social- en orden a la legitimación de tales medidas liberalizadoras son extremadamente inconsistentes, y son presentadas de forma estratégica, abiertamente demagógica. Afirmar, por ejemplo -como se hizo en un documento oficial-, que “la mujer tiene un cuerpo y puede disponer de él y de cuanto en él acontece” es adherirse a una corriente antropológica que está pulverizada por la mejor investigación filosófica hace casi un siglo. Honda inquietud produce observar que se quiere configurar la sociedad sobre bases tan endeblas, fruto del desconocimiento de lo que es, implica y exige la realidad personal humana. Este enfrentamiento a la realidad acaba pagándose, ineludiblemente, a muy alto precio.

Se han presentado razones y argumentos sólidos en contra de la medida despenalizadora del aborto y la droga blanda, y han sido desatendidos de forma displicente. Se ha rechazado una vez y otra la oferta de realizar debates serios ante la opinión pública para sopesar las ventajas y los inconvenientes de las reformas proyectadas. Los responsables se han limitado a movilizar un aparato publicístico prepotente, a fin de hacer plausible en alguna medida la decisión que se pensaba tomar a ultranza mediante la fuerza impositiva de los votos.

Nada induce a pensar que se intentaba clarificar la verdad y conseguir el mayor bien del pueblo. Asistimos sencillamente a un proceso de imposición de un programa prefijado, al margen de todo intercambio de pareceres y opiniones con los adversarios ideológicos.

La importancia del encuentro

La confusión deliberada y estratégica de las experiencias de *vértigo* -o fascinación- y las de *éxtasis* -o encuentro- reviste una insospechada gravedad por cuanto el hombre es un ser dialógico, que vive como persona, se desarrolla y perfecciona por vía de encuentro. La biología, la antropología, la psicología y la filosofía actuales andan a porfía en señalar que el hombre es un ser abierto y troquela su ser personal en relación a las realidades del entorno. La categoría de relación está adquiriendo de día en día mayor relevancia, al ser analizada con una mentalidad

relacional, no meramente *relativista*. “Lo importante no eres tú, lo importante no soy yo. Lo importante de verdad es lo que acontece entre tú y yo”. Este es el pensamiento nuclear de un autor hebreo, Martin Buber, bien enraizado en la religión del diálogo y el encuentro (Cf. *Qué es el hombre*, FCE, México).

Ya al nacer, el ser humano tiene que fundar con la madre o quien haga sus veces un ámbito “diatrófico o tutelar” (Juan Rof Carballo), que es el primer *campo de creatividad*. La vida del hombre se desarrolla y perfecciona en medida directamente proporcional a la cantidad y calidad de los encuentros que realice en su vida. Si el entorno –familiar, colegial, urbano, cultural, paisajístico- no favorece esa actividad interaccional, el ser humano puede perecer o quedar estancado en un estado de cretinismo, como bien sabemos desde los conocidos experimentos de Federico II con niños huérfanos.

El encuentro es un acontecimiento muy superior a la yuxtaposición y al mero choque. Constituye un entreveramiento de “ámbitos” de realidad. La filosofía actual –sobre todo la existencial y la dialógica- ha destacado, al lado de las realidades objetivas –asibles, mensurables, delimitables- las realidades “superobjetivas” -o “ambitales”-, que no muestran estas características pero son reales y efectivas. No son asibles, ni ponderables, ni delimitables, pero son fuente de posibilidades y poseen cierta dosis de iniciativa. Más que “objetos” inertes, son realidades activas, llamadas a relacionarse con otras. Tienen una condición *abierta*, y se asemejan más a un “campo de realidad” que a una cosa. Por eso las denomino “ámbitos de realidad” o, sencillamente, “ámbitos”¹. Son tipos de realidad que no tienden a cerrarse sobre sí mismos, sino a abrirse. A ello alude certeramente Martin Buber cuando afirma que “el tú no limita”². Pero no sólo el hombre, también una institución, una obra de arte, el mar, un barco, una ciudad, y otras muchas realidades presentan una condición “ambital”.

Los ámbitos, al entreverarse de modo armónico, dan lugar a ámbitos nuevos y fundan modos eminentes de unidad, acontecimientos de encuentro. Cuando hay encuentro, hay fiesta, y toda fiesta es fuente de luminosidad, gozo y belleza. Desde antiguo se define la belleza como esplendor del orden, de la ordenación, del entreveramiento de realidades que son ámbitos, campos de posibilidades de juego creador. Las mejores virtualidades del ser humano sólo se actualizan en el acontecimiento del encuentro.

A la inversa, la imposibilidad del encuentro provoca la asfixia lúdica. Lo atestigua la Antropología actual más lúcida, y lo ejemplifica de modo dramático la literatura de todos los tiempos. Ello permite calibrar la responsabilidad que tienen los mayores de ofrecer a niños y jóvenes un entorno de ámbitos adecuado al desarrollo cabal de su personalidad. La configuración de la vida social en todos sus aspectos es una tarea que compromete por igual a la política, la ética, la biología, la antropología y la filosofía, pues todas estas áreas de conocimiento y acción deben contribuir a elaborar un entorno humano que no sea un mero conglomerado de objetos a dominar y manipular, sino un mundo orgánico de ámbitos con los que “encontrarse” y fundar modos relevantes de unidad. Afirmer que la Ética constituye un reducto *privado* del individuo, a diferencia de la Política, que presente un carácter *público*, es un error básico que desgarrará insalvablemente la vida social.

Una concepción rigurosa y cabal de lo que es y abarca el ser humano nos permite plantear de modo adecuado los temas relativos a la vida y a la calidad de la misma. El ser humano necesita, al nacer, ser bien recibido, ser amado, no sólo tolerado. Pero ser amado implica más que recibir cuidados. Entraña encontrar un clima de amor, de comprensión y piedad. Lo que más necesitan los niños no es que les quieran a ellos los padres, sino que éstos

¹ Sobre el concepto de ámbito pueden verse amplias precisiones en mis obras: *Inteligencia creativa* (BAC, Madrid ⁴2003) y *El secreto de una vida lograda* (Palabra, Madrid ²2007).

² Cf. *Ich un Du*, en *Die Schriften über das dialogische Prinzip*, L. Schneider Heidelberg, 1954, p. 8. Versión española: *Yo y tú*, Caparrós, Madrid ²1995, p. 8.

se amen entre sí, porque este amor funda el ámbito del hogar, y éste es el *protoámbito*, el primero y primario, el campo de juego modélico para toda la vida, del que uno parte y en el que se asienta constantemente. La falta de este ámbito acogedor es raíz de múltiples fenómenos de violencia³.

El cuidado de la vida naciente

Si esto es así, no basta exigir que se respete la vida de los seres no nacidos. Se requiere dar un paso adelante y reclamar todos los derechos de los nuevos seres humanos. Lo mismo que, a propósito de la campaña antiodivorcista, suele subrayarse que lo decisivo no es impugnar la concesión de facilidades para desunirse, sino destacar la necesidad de fundar modos eminentes de unidad, también la actividad antiabortista ha de romper una lanza por todo cuanto requiere la vida humana para desarrollarse de modo cabal. La vida humana necesita, ante todo, un entorno propicio al ejercicio de la creatividad en todos los órdenes. Si las personas del entorno de un niño que nace se sienten dueñas del destino de los nuevos seres humanos y creen poseer un derecho ilimitado a disponer de su futuro, instauran un clima de hosquedad inadecuado al recto desarrollo del ser humano. Al crecer en este clima, los niños que sean admitidos al juego de la vida se sentirán, a su vez, autorizados a disponer de la vida de sus anfitriones cuando éstos se hallen en su declive final.

La vida humana es fruto de un encuentro; no es producto de una actividad artesanal que el hombre realice a modo de causa eficiente. Tal fruto merece respeto; no es disponible y poseíble. Constituye un centro de iniciativa, igual que sus progenitores, y pide ser considerado como tal. Este trato sólo es posible en un clima social configurado por un estilo de pensar ajustado a cada modo de realidad. Pensar la realidad humana naciente como si fuera un mero objeto disponible es una torsión violenta de la realidad, que responde a una orientación filosófica *individualista* que hoy día está absolutamente descalificada. Tal distorsión de la realidad inspira las prácticas abortivas que eliminan vidas humanas, y, al mismo tiempo, impone un estilo de pensar y de actuar que frena el dinamismo personal de los seres que consiguen nacer.

El tema del aborto debe ser visto en su auténtico contexto. Legitimar el aborto significa, en primer término, conceder *libertad de maniobra* para disponer del fruto de un encuentro. Puede parecer una medida liberalizadora, promotora de libertad. La verdad es todo lo contrario, porque, al consagrar como legítima y normal, e incluso progresista, una actitud de dominio sobre la vida humana -que no es algo de lo que se pueda “disponer”-, se abre la vía a toda suerte de violencias. La cuestión del aborto no es sino un elemento más en el proceso de subversión de valores que se está impulsando a través de la promoción de las experiencias de vértigo. Aquí se trata del vértigo del poder, del dominio, del confort, de la facilidad en la solución de los problemas que plantea el vértigo sexual. Pero hoy la Antropología nos advierte que entre las diferentes formas de vértigo se da una gran afinidad, y un vértigo llama a otro, y todos se encabalgan entre sí. Al fomentar un tipo de vértigo, cualquiera que sea, se está asestando un golpe de muerte a la libertad creativa del hombre, libertad para configurar estructuras sólidas y defender la propia dignidad. Todo vértigo, por exaltante que resulte, pone al hombre y a los pueblos a merced de los afanosos de poder fácil.

El derecho básico del ser humano

Disponer de un entorno que haga viable y fomente la libertad para la creatividad, para la realización de los valores, es el derecho nuclear de los seres humanos. Actualmente, se clama por algunos derechos humanos, pero se conculca abiertamente el derecho básico, el que hace posibles todos los demás y los colma de sentido. Se piden libertades con la misma energía con que, al mismo tiempo, se priva a las gentes de libertad, de la forma auténtica y definitiva de

³ Cf. J. Rof Carballo: *Violencia y ternura*, Prensa Española, Madrid, 1977.

libertad humana, que es la de estar en franquía para toda suerte de experiencias creativas, fundadoras de modos fecundos de unidad.

Por ser “libertad” un término “talisman” en la actualidad, la expresión “os hemos devuelto las libertades” suscita en la mayoría de las gentes una especie de sobrecojimiento que las intimida y cohibe a la hora de reflexionar críticamente. Es hora de perder el miedo a los recursos demagógicos y someter a revisión el sentido más hondo de cuanto se piensa, se dice y legisla. El criterio que debe orientarnos en esta labor de discernimiento crítico no viene dado por un programa político, por los intereses individuales, por la imagen que deseamos tener ante la opinión pública. El criterio único de autenticidad es la realidad y sus leyes. Al defender la necesidad de ajustarnos a la realidad no se coacciona a nadie, no se impone el propio criterio, no se intenta vencer al adversario ideológico; se desea únicamente ponerse en verdad y hacer posible una vida humana auténtica.

Hoy se tiende a politizarlo todo, a ficharlo con etiquetas tomadas de la vertiente más superficial de la vida política. Da la impresión de que se considera en principio que toda opción, incluso la que se refiere a las cuestiones decisivas de la existencia, pende exclusivamente de una decisión subjetiva del individuo. Este alejamiento de lo real constituye la raíz de la crisis de la vida intelectual en nuestros días⁴. Para salir de esta crisis se requiere toda una “metanoia”, una conversión o salto a un modo de pensar distinto, rigurosamente realista. En definitiva, la realidad es la que manda. ¿No era esto, en definitiva, lo que pensaba Platón cuando expresó su deseo de que gobernasen los “filósofos”, es decir, los hombres que saber discernir lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, lo conveniente y lo nefasto?

Alfonso López Quintás
Miembro de la Real Academia Española
de Ciencias Morales y Políticas

⁴ La obra filosófica de X. Zubiri se inició al advertir esta crisis intelectual y llegó a plena madurez merced al impulso que le imprimió la voluntad de hallar una vía eficaz de solución. Cf. «Nuestra situación intelectual», en *Naturaleza, Historia, Dios*, Alianza Editorial, Madrid, 1987, p. 27ss.